

## La construcción semántica del acontecimiento Pasos para un análisis aspectual del relato

*Roberto Flores*

Escuela Nacional de Antropología e Historia

*toute histoire peut être, voire doit être, l'histoire de quelque 'entité' qui a un commencement, un milieu et une fin*

Paul Ricoeur

### 1. Introducción

Una semiótica de lo continuo, como la preconizada por Greimas y Fontanille tanto en su presentación al volumen consagrado al aspecto (*Le discours aspectualisé*), como en *Semiótica de las pasiones*, otorga un papel central a la aspectualidad. En efecto, esta categoría parece ser adecuada para dar cuenta del flujo continuo de procesos en los relatos, atendiendo a las duraciones intrínsecas, a los límites y las repeticiones, a la intensidad con que se nos aparecen los distintos sucesos que componen cualquier historia. En palabras de estos autores: "Frente a la segmentación discreta de los estados, las imbricaciones de los procesos y sus variaciones de intensidad tornan imprecisas las fronteras entre los estados y enturbian frecuentemente el efecto de discontinuidad" (Greimas y Fontanille, 1994: 15).

Describir el continuo semiótico desde el terreno de la aspectualidad supone confrontar y evaluar un conjunto de categorías que lo mismo opera en distintas fases del análisis que en distintos niveles, tanto del recorrido generativo como de la jerarquía

de metalenguajes que contribuyen a delinear la semiótica narrativa como un constructo teórico. Es así como podemos ver, por ejemplo, al contraste entre apertura y cierre operando desde el nivel de las precondiciones de la significación hasta el nivel más superficial del recorrido generativo, es decir, como responsable de la constitución misma de las magnitudes semióticas y como un contraste determinante de las distinciones aspectuales en el verbo; igualmente vemos a este contraste dar cuenta de las superposiciones y secuencias de procesos en los discursos y operar en el nivel más elevado de la jerarquía de metalenguajes, como responsable de la discretización de los objetos de conocimiento.

El presente artículo aborda el uso de las categorías aspectuales tanto en el nivel de las *unidades de gran extensión* —las que estructuran esa variedad de discurso que llamamos relato— como en el nivel de las *unidades de extensión media*, que dan lugar a ese tipo de enunciados que llamamos frase. En un primer apartado se darán elementos para definir nociones aparentemente sinónimas de *acontecimiento* y *suceso*. A continuación se presentará el método compositivo para describir la integración de unidades de extensión media en discursos. El tercer apartado está dedicado a presentar brevemente las distinciones fundamentales de la categoría del aspecto, para describir —en los últimos apartados— un breve fragmento de la *Historia general de las cosas de la Nueva España* de fray Bernardino de Sahagún (siglo XVI).

## 2. Acontecimiento histórico y suceso narrado

Comenzaré reconociendo algunas relaciones entre el análisis semántico del discurso histórico y el concepto más característico de la reflexión histórica, entre la noción narratológica de *suceso*, que utilizo para designar el producto de la integración en secuencias narrativas de las acciones y los procesos, y la noción histórica de *acontecimiento*, que discutiré aquí a partir de una

orientación fenomenológica. Cabe señalar de antemano que ambas nociones se encuentran muchas veces confundidas en las palabras del inglés y del francés, *event* o *événement* respectivamente, cuya traducción al español puede hacerse como *suceso* o *acontecimiento* y que aquí emplearé, por razones que se verán más adelante, de modo distinto, reservando el término *acontecimiento* para el objeto del conocimiento histórico independientemente de su manifestación en discurso y la expresión *suceso narrado* para el contenido semántico del discurso histórico: es decir, el acontecimiento es una noción histórica y el suceso es una de carácter lingüístico: una es el contenido de la historia y la otra, el contenido del relato histórico.

Parto de una definición intuitiva: un *acontecimiento* es aquello que acaece, para el caso, las acciones del hombre a través del tiempo; a partir de ella es posible obtener una definición de la historiografía como narración verdadera de acontecimientos pasados. Bajo esta definición pudiera pensarse que el discurso histórico es tanto una imagen del hecho como una imitación del acontecer. Con ello el sentido común parece otorgar un estatuto ontológico al acontecimiento y a su devenir en el tiempo y concede la posibilidad de un juicio de verdad a la narración de sucesos. Lejos de ser ingenua, esta noción intuitiva ha recibido, ya desde la Edad Media, la atención de los filósofos: como en Tomás de Aquino, quien concibe al discurso como un flujo discursivo análogo al devenir de las cosas en el mundo.

Sin embargo, desde un punto de vista fenomenológico es preciso reconocer la desproporción de origen existente entre el acontecimiento y el suceso narrado. Como lo plantea Ricoeur (1980: 10), apoyándose en Danto, “une phrase narrative [...] est l’une des descriptions possibles d’une action, mais non la seule”. Danto (1965: 148 y ss.) establece que la descriptibilidad de un acontecimiento A reside en su relación con un acontecimiento B, posterior, que le da su sentido y no en una pretendida conciencia histórica simultánea al primer acontecimiento: de este modo sólo es posible describir la independencia de México

como tal en función de los acontecimientos posteriores a los que dio lugar, por lo que ningún observador inmediato, ningún testigo herodotiano, sería capaz de aprehender la historicidad de lo acaecido en el momento de su acontecer. De manera similar, pero trasladándonos a la relación entre la historia y su discurso, la narración de un suceso es aquel hecho posterior que dará forma y, por lo tanto tornará descriptible, al acontecimiento primero. En ese caso, un acontecimiento es aquello que el lenguaje *dice* que ocurre en el mundo real. Por la presencia de ese decir, el acontecimiento no puede ser un hecho real sino que es el *objeto intencional* (Husserl) de la unidad narrativa que lo expresa, en este caso el suceso narrado. El hecho real se encuentra fuera del alcance del discurso narrativo; lo que el discurso capta es ese objeto intencional, el acontecimiento y no el hecho real. Al estar fuera de alcance el hecho es una mera asunción de existencia que suponemos se ve reflejada en el suceso: *el suceso es la imagen de ese hecho acontecido si éste hubiera existido*. En palabras de Ricoeur (1980: 19) “la notion d'événement fonctionne [...] comme *concept-limite*, comme l'idée de ce qui est effectivement arrivé, laquelle comme le noumène kantien est pensée mais non connue”.

La narración de un suceso es, pues, aquella unidad de los relatos que habla del acontecimiento, sin llegar a confundirse con el acontecimiento mismo. Pero, como Ricoeur señala (1980: 11), “une phrase narrative n'est pas encore un récit [...] Seul [un] ordre spécifique nous permet de parler de *discours* narratif et pas seulement de *phrase* narrative”. Dicho redundantemente, lo cual además justifica la terminología aquí adoptada, la historiografía se constituye como una *sucesión de sucesos*. De esta manera es posible considerar que las fronteras narrativas en los relatos, su organización en secuencias *sucesivas*, se relacionan con los distintos acontecimientos no como un mero reflejo sino como la elaboración de sus simulacros discursivos, los sucesos narrados: *el discurso construye al suceso* y no a la inversa.

Las características básicas que los sucesos narrados comparten con cualquier unidad semántica se basan en dos procesos constructivos complementarios mas no simétricos: la integración vs. la descomposición, que permiten reconocer la existencia de subunidades componentes de los sucesos y de macrosucesos. Esta distinción ofrece dos modos de descripción y dos metodologías: por una parte, la descomposición en partes constitutivas y, por la otra, la integración en un todo. Lejos de ser simétricos, ambos modos del proceder historiográfico subrayan respectivamente la dependencia o la autonomía de los sucesos. Bajo una cierta perspectiva, las unidades “naturales”, aquellas que son inmediatamente aprehensibles o bien aquellas sobre las cuales el análisis *debe* apoyarse y dar cuenta primariamente de ellas, son unidades atómicas autónomas que se relacionan *composicionalmente* unas con otras; mientras que bajo la otra, las unidades “naturales” son unidades complejas que poseen una estructuración y unidad intrínsecas, lo que subraya las relaciones de *dependencia* que existen en su interior. Estos dos puntos de vista parecen conducir a una aporía: si la composicionalidad descansa en la autonomía y la integridad en la dependencia, entonces la semántica formal que se apoya en la composicionalidad léxica y la semiótica narrativa que se apoya en la unidad del discurso deberían ser métodos complementarios, lo cual, como todos sabemos, no sucede. De ahí que la semiótica (Zilberberg) se haya propuesto la elaboración de metodologías capaces de describir el proceso de constitución de totalidades discursivas a partir del reconocimiento de partes.

En lo que a la presente investigación se refiere, este proyecto se basa en una serie de rasgos semánticos: intencionalidad, clausura/apertura, secuencialidad y estructura, rasgos que también encontramos dentro de la literatura semiótica y lingüística con los nombres de orientación teleológica, discreción, continuidad. Son estos rasgos los que encontramos en el interior de la categoría del aspecto, que Ricoeur considera fundamental en la historiografía, aunque no desarrolla esa idea: “toute histoire peut

être, voire doit être, l'histoire de quelque 'entité' qui a un commencement, un milieu et une fin" (Ricoeur, 1980: 18).

### 3. Composición y presuposición de sucesos

Tomemos un hecho de habla cualquiera, un fragmento de discurso, sin hacer por el momento hipótesis alguna acerca de su unidad, es decir, sin suponer que representa una totalidad de contenido. Plantear dicha hipótesis es precisamente el objeto de la primera operación descriptiva que se realiza sobre un hecho de habla. En ese sentido nos situamos en la etapa inicial de lo que he llamado en otra parte "la primera segmentación" (Flores: 1991), que es de carácter metodológico y anterior a cualquier análisis, de ahí que conduzca a establecer la hipótesis inicial que consiste en postular que ese fragmento de discurso representa una totalidad de sentido.

Situados en ese lugar inicial, se nos ofrecen dos caminos, es decir, nos enfrentamos a una primera disyuntiva metodológica: o bien consideramos ese hecho como una magnitud susceptible de ser asumida como una totalidad indivisa de sentido, o bien la asumimos como un compuesto de distintas partes. En cuanto a la primera vía, esa asunción equivale a postular nuestro hecho como una unidad semántica susceptible de ser analizada partiendo de la totalidad y yendo hacia sus partes eventuales para, de ahí, evaluar la homogeneidad semántica de dichas partes. La segunda vía nos invita a reconocer en ese hecho un fragmento de una unidad de mayor extensión, susceptible de relacionarse con otras unidades de modo tal que la acumulación de unidades produzca de alguna manera la totalidad del hecho discursivo.

La primera vía inicia en el todo para ir a las partes, la segunda toma una unidad cualquiera y de ahí intenta una reconstrucción del todo. Nótese que, en ambos casos, la primera hipótesis, que se refiere al postulado de una unidad de sentido, es la misma: simplemente lo que ha variado es la mirada que se dirige, en el primer caso, hacia la totalidad y, en el segundo, hacia una parte.

Tenemos entonces dos acercamientos iniciales: el primero postula una unidad total susceptible de ser dividida en partes; el segundo postula una unidad parcial susceptible de ser integrada en una totalidad. Estas dos miradas son complementarias mas no simétricas: los resultados de un análisis emprendido desde una de estas vías no será coincidente con los resultados obtenidos al tomar el otro camino. La asimetría entre ambos análisis se torna evidente desde el momento en que consideramos estos análisis como modos de lectura: en el caso de la descomposición en partes, la lectura será efectuada mediante presuposición, en la medida en que, si ese fragmento posee una unidad semántica intrínseca, será el final del discurso el que dé la clave para determinar el valor de sus antecedentes, que tendrán el estatuto modal de elementos *necesarios* para llegar al final. Por ejemplo, si tenemos una *aceptación*, de un contrato, una promesa, etc., la promesa o el contrato tendrán el estatuto de unidades necesarias para que exista la aceptación: no puede haber aceptación sin una propuesta de contrato. En cambio, si buscamos la integración de las partes en un todo, la lectura será composicional, puesto que un elemento de ese fragmento discursivo proporcionará las claves para determinar su *posible* integración con otros elementos. Así, debemos reconocer que no toda propuesta de contrato conduce a su aceptación. De modo que la asimetría reside en la distancia que existe entre una lectura por presuposición y una lectura composicional: cada una de ellas descansa en el reconocimiento de elementos del discurso, pero que poseen un estatuto modal diferente, el de necesidad en un caso, el de posibilidad en el otro.

Tomemos el ejemplo de una narración de sucesos. En el caso de la lectura por composición, es posible reconocer un suceso dado para luego interrogarse acerca de sus vínculos con otros sucesos; en este caso, la clave de este procedimiento reside en postular *a priori* la existencia narrativa del primer suceso como una magnitud narrativa autónoma. En el caso de la presuposición, es necesario postular la unidad semántica global —que

llamaríamos un *proceso global*— y la posibilidad de descomponerla en partes que llamaremos *sucesos constitutivos*. De manera que, si hablamos en el primer caso del suceso *Descubrimiento de América*, este hecho podrá ser narrativamente juzgado en su carácter incoativo, es decir, como un suceso inicial que desencadena una serie subsecuente de sucesos; o bien como un suceso terminativo, con el cual culminan otros sucesos; o bien, por último, como un eslabón más dentro de una cadena de sucesos. Considerado no como un suceso sino como un proceso global, el *Descubrimiento* es, por decirlo así, un hecho total, en el interior del cual podemos descubrir fases incoativas, durativas o terminativas; pero, más importante aún, podemos considerarlo como un proceso cuyas fronteras externas pueden no coincidir con las fronteras del mismo hecho, sino como parte de un suceso más amplio. En efecto, al ser un proceso global, ese hecho será correlacionado con procesos de carácter similar, ya sea paradigmáticamente —los descubrimientos del siglo XV— o sintagmáticamente —por ejemplo, la *Conquista de América*—. En ese sentido, preguntarnos dónde o cuándo empieza el *Descubrimiento de América* tendrá varias respuestas posibles, que van desde considerarlo como un hecho durativo de gran extensión, susceptible de ser integrado en la serie de grandes descubrimientos que marca, en Europa, el fin de la Edad Media, hasta un hecho puntual que, en grado extremo, se reduce al instante en que Rodrigo de Triana divisó tierra.

Las características fundamentales que los sucesos narrados comparten con cualquier unidad semántica se basan en los dos procesos complementarios, mas no simétricos, de integración y descomposición, que permiten reconocer la existencia de sucesos constitutivos y procesos globales. Esta distinción ofrece dos modos de descripción y dos metodologías. Ambos modos de proceder subrayan respectivamente la dependencia o la autonomía de los sucesos. Bajo una cierta perspectiva, las unidades “naturales”, aquellas que son inmediatamente aprehensibles o bien aquellas sobre las cuales el análisis *debe* apoyarse y de las

que debe dar cuenta primariamente, son unidades atómicas autónomas que se relacionan composicionalmente unas con otras; mientras que, bajo la otra, las unidades “naturales” son unidades complejas que poseen una estructuración y unidad intrínsecas, lo que subraya las relaciones de dependencia que existen en su interior. Estos dos puntos de vista conducen, pues, a la aporía ya señalada: la composicionalidad descansa en la autonomía y la integridad de unidades léxicas y sintácticas; mientras que la semiótica narrativa se apoya en la dependencia de enunciados narrativos. Es decir, ambos métodos no son simétricos puesto que no consideran las mismas unidades.

Al considerar los sucesos en su autonomía, es posible hablar de una *composicionalidad* del relato y considerar que los distintos sucesos se adicionan para dar al relato su sentido: en ese caso la misma noción de relato tiende a tornarse imprecisa en la medida en que las relaciones estructurantes se tornan difusas, a tal grado que se torna imposible designar hiperonímicamente la totalidad constituida únicamente por la suma de sucesos autónomos. Por esta razón, si el hecho analizado es un relato debe poseer una *composicionalidad parcial*, en la que no sea posible reducir el sentido de la totalidad a la suma de las partes. R. Langacker (1987: capítulo 12) ha señalado que, en la forma composicional, se produce un colapso entre la totalidad resultante y la suma de las partes constitutivas; mientras que en la forma parcialmente composicional no se produce tal colapso. En este último caso no es posible predecir el significado de un relato únicamente a partir de los sucesos que lo constituyen, sino que deben ser tomados en cuenta efectos semánticos, producto de formas esquemáticas subyacentes.

Desde la semiótica tensiva, C. Zilberberg (1999) ha propuesto el reconocimiento, además de las unidades de pequeña extensión —los semas y las figuras hjelmslevianas— y de las unidades de gran extensión —los enunciados y los discursos—, las unidades de extensión media: son estas unidades el objeto del

análisis composicional que efectuaremos desde un punto de vista aspectual.

Composición y presuposición se apoyan en hipótesis diferentes y conducen al establecimiento de distintas unidades semánticas, de ahí su irreductible asimetría. La llamada “semiótica estándar” ha privilegiado la lectura por presuposición, logrando éxitos analíticos innegables, como es el establecimiento de la teoría de las modalidades; la segunda vía ha sido menos explorada por la semiótica greimasiana. Sin duda existen estudios desde otros horizontes teóricos que han emprendido esta vía, pero sus presupuestos son muy ajenos a la semiótica narrativa como para que sean asimilados sin más por esta disciplina. Pero, la llamada “semiótica tensiva” plantea principios de análisis susceptibles de ser aprovechados por el acercamiento composicional aquí planteado. Estos principios serán utilizados para analizar el componente narrativo de los discursos en términos aspectuales.

#### 4. El aspecto

Dos definiciones del aspecto se encuentran en disputa. Por un lado, una definición que hace del aspecto una categoría sujeta a la deixis que determina *la perspectiva bajo la que el hablante ve subjetivamente un suceso*. Por otro lado, una definición que pone énfasis en la caracterización semántica del proceso mismo, independientemente de su modo de vinculación con la instancia de enunciación y que corresponde a *la caracterización que podemos hacer del contenido de los verbos con referencia al transcurso del tiempo en el que se realiza el acontecer así expresado en el verbo*. Es notorio que, si existe una definición “enunciativa” del aspecto y una definición “enunciativa”, es porque ambas se refieren a distintos efectos de sentido; lo que pudiera llevarnos a negar la homogeneidad de la categoría misma. En efecto, quienes postulan la definición “enunciativa”, generalmente privilegian el llamado “aspecto gramatical”, que se encuentra ma-

nifestado esencialmente a través de la oposición entre perfecto e imperfecto (*comió/comía*)<sup>1</sup> o en la noción tiempo progresivo (*está comiendo*). Por otro lado, quienes privilegian la definición “enunciativa”, atienden frecuentemente al aspecto léxico (el incoativo de *florecer*), cuando no caen en distinciones francamente ontológicas (el carácter no durativo de *estornudar*). Desgraciadamente, como sucede a menudo con todo intento de clasificación rígida, la misma lengua se encarga de aportar los desmentidos: en efecto, no hay ninguna razón por la cual sea necesario distinguir —independientemente de sus diferencias de sentido— entre el aspecto incoativo de *empezar a florear* y el aspecto, igualmente incoativo, de *florecer*. Al ser ambos incoativos, el valor semántico en este respecto es el mismo, independientemente de su manifestación textual. Otro tanto sucede si partimos de la distinción entre perfecto e imperfecto: en el caso de las lenguas eslavas, específicamente el ruso, la distinción es léxica pero, en otras lenguas, la misma distinción se realiza a través de construcciones sintácticas o distinciones morfológicas. La diferencia entre los dos tipos de aspecto no reside, pues, en la distinción —que rechazamos— entre léxico y (morfo-)sintaxis, ni en la instancia de discurso involucrada —el enunciado solo o también la enunciación—, sino *en los valores semánticos implícitos en cualquiera de las distinciones aspectuales involucradas*. Estos valores parten del contraste entre apertura y cierre, por un lado, y duración/ no duración, por el otro.

#### Apertura / Cierre

Entendemos por apertura / cierre la posibilidad, para un proceso o un grupo de procesos, de poder prolongarse indefinidamente, es decir, secuencias de duración indeterminada y secuencias que poseen una cierta duración, al cabo de la cual se puede decir

<sup>1</sup> No debe confundirse con la oposición entre tiempos simples y tiempos perfectos del español (*come/ha comido*).

que culminan o llegan a su completud. Esta distinción ha sido presentada en otras ocasiones (ver ejemplos en Flores, 1999: 63) y se apoya en una distinción propuesta por Arthur C. Danto (1965: 115 y ss.) para el discurso histórico: (1) *Cronologías e Historias*.

### *Cierres fuertes y cierres débiles*

En el caso de las secuencias cerradas, generalmente se ha considerado la existencia o no de un cierre y no se ha distinguido la fuerza con que se marca el cierre. Sin embargo, ya en el procedimiento de segmentación es posible considerar la existencia de cierres fuertes que se distinguen de cierres más débiles por el hecho de que, incuestionablemente y de manera decisiva, indican el inicio de una secuencia narrativa: se trata de la segmentación que es posible efectuar a partir de las discontinuidades espaciales, temporales y actoriales, mientras que otros criterios no siempre son indicio de un cierre fuerte, pudiendo ser uno débil.

Encontramos ejemplos de cierres débiles en las distinciones aspectuales que corresponden a fases de un proceso, como en (2).

- (2) (a) *Salieron* estas naciones indias de aquellas siete cuevas [...] (b) *Tardaron en llegar* más de ochenta años. [...] (c) Y así *llegaron* a esta tierra de la Nueva España en el año del Señor de ochocientos y veinte (fray Diego Durán, *Historia de las Indias...*).

El incoativo “salieron” (a), el durativo “tardaron en llegar” (b) y el terminativo “llegaron” (c) se encuentran débilmente demarcados entre ellos, por lo menos más débilmente que con respecto a otros procesos del mismo relato.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> En otras ocasiones ya he señalado que, en ciertos contextos, *salir* posee el rasgo terminativo y, en otros, el rasgo incoativo: *salieron* es un verbo que sirve

En ciertos casos, como en (3), la identificación del suceso como fase de un proceso más amplio no descansa en un rasgo aspectual —como el terminativo de “llegaron”—, sino que exige el reconocimiento de la integración de sucesos heterogéneos en un mismo proceso. Es así como, las famosas palabras de César, pueden ser interpretadas como fases de un proceso de conquista. Casos como (3) deben ser analizados apelando a esquematizaciones y a rasgos prototípicos.

- (3) (a) Vine. (b) Vi. (c) Vencí.

Como caso extremo, se encuentra la vinculación secuencial de sucesos heterogéneos, en donde cada suceso posee un cierto grado de autonomía. Las diferencias entre (3) y (4) son de grado: sin embargo es posible reconocer que en (3) los cierres internos son más fuertes que en (4).

- (4) (a) *Hubo* un gran temblor en octubre. (b) *Apareció* un cometa en noviembre. (c) *Dijeron* que anunciaba la guerra atómica y el fin del mundo o cuando menos otra revolución en México. (d) Luego *se incendió* la ferretería La Sirena... (José Emilio Pacheco, *Batallas en el desierto*).

Por último, pareciera que la fuerza de los cierres internos —aquellos que se presentan entre los sucesos constitutivos de un proceso global— se encuentra en relación inversamente proporcional a la debilidad de los cierres externos —los que demarcan a un proceso global de otro o los que indican los inicios o finales absolutos de un discurso—; es decir, a mayor autonomía

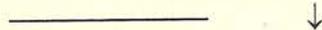
como pivote para articular procesos heterogéneos. En cuanto a “tardaron en llegar”, es preciso indicar que el efecto durativo se produce como una negación de la llegada: es decir, tardan porque no llegan. En ese sentido, no es un durativo estricto. Por último, no hay que confundir el durativo, que es una fase de proceso, con el rasgo duración que es abordado aquí, más adelante.

de los sucesos, como en (4), menor definición del proceso global —que tiende a convertirse en una “cronología”, es decir, en un relato imperfectivo.

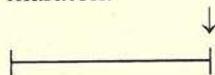
### *Duración / No-duración*

Para que un suceso pueda ser juzgado como abierto o cerrado, es preciso que posea una duración. No sucede lo mismo con las series de sucesos, que pueden estar formadas por sucesos con duración o sin ella. Parece una paradoja, pero una serie de sucesos no durativos produce un efecto de duración; esto es lo que sucede en el ejemplo (3), cuyos tres sucesos constitutivos son puntuales. De modo que la noción de no duración sólo se aplica a sucesos aislados.

Aquí, se representará la duración mediante un vector horizontal, mientras que la no duración será representada con una flecha vertical.



La diferencia puede ser ejemplificada mediante la distinción propuesta por autores como Z. Vendler (1967) y A. Mourelatos (1981) entre las *ejecuciones* y los *logros*: un suceso como *construir una casa* posee una duración intrínseca y es, por lo tanto, una ejecución, mientras que un suceso como *ganar una carrera* no posee duración intrínseca y es un logro. En muchos casos los logros son la fase inicial o terminal de una ejecución: como en el hecho de ganar una carrera de maratón.



Las duraciones pueden estar acotadas o no acotadas, lo que nos permite distinguir entre sucesos que algunos autores han llamado perfectivos e imperfectivos. Existe perfectividad en las ejecuciones, puesto que una vez completada la acción no puede

ser repetida sin que, de hecho, se inicie otro suceso —una vez que se construye una casa, continuar la acción sólo puede entenderse como iniciar la construcción de otra: una casa no se construye indefinidamente, en todo caso nunca termina de construirse. En cambio los sucesos imperfectivos son susceptibles de prolongarse indefinidamente: ésta es una característica de los llamados *estados* y *actividades*. Aquí se representará a los sucesos perfectivos mediante un vector acotado:



Y a los sucesos imperfectivos mediante un vector sin bornes y cuyos extremos son susceptibles de prolongarse:



Estas distinciones se aplican esencialmente a sucesos aislados, sin embargo, cuando entran en composición, se producen resemantizaciones que obedecen a reglas aún por describir sistemáticamente. A. Kenny (1963: 182-183) señala que existen encadenamientos típicos de sucesos, en la que una performance (en las que incluye las ejecuciones y los logros) culmina y produce una transformación de estado. A su vez una actividad es, con frecuencia, el ejercicio de un estado, lo que nos ofrece el diagrama siguiente:

estado → actividad → ejecución → logro → estado...

Resulta tentador asociar esta secuencia con el esquema narrativo canónico propuesto por Greimas, en donde las acciones son representadas como transformaciones de estado (como en Kenny) que se producen mediante performances; a su vez, lo que Kenny llama “una actividad” sería el ejercicio de una competencia narrativa. Pese a presentar un cierto interés, esta com-

paración nos llevaría a subsumir la representación aspectual de la acción en la narratividad estándar de Greimas, bloqueando otras vías de investigación. Por otra parte, la analogía no es tan sistemática como aparenta, pues el estatuto de los estados y de las actividades no es el mismo que el de las ejecuciones y de los logros. Dicho brevemente, en la semiótica narrativa es preciso distinguir entre estados productos de una transformación y estados característicos de la existencia modal de los actantes, lo que nos obliga a desdoblarse la noción kennyana de *estado*; por otro lado, si las actividades son el ejercicio de la competencia narrativa entonces una ejecución es una instanciación de una actividad, es un *token* de un *type* y no dos sucesos del mismo nivel, susceptibles de relacionarse secuencialmente.

A pesar de estas dificultades es posible abordar la secuencialidad o progresión narrativa para dar cuenta de la agrupación de sucesos a partir de sus propiedades aspectuales. Esto puede ser llevado a cabo, ya sea describiendo agrupamientos *lexicalizados* de acciones, reconociendo formas *prototípicas* de progresión narrativa o formas *esquemáticas* de narratividad. En el primer caso, un par de sucesos, como *salir / llegar*, podrá ser analizado como un contraste léxico; mientras que, en el segundo, una triada como *salir / tardar / llegar* podría ser analizada postulando formas prototípicas (son fases de un desplazamiento concebido como un traslado espacial prototípico); por último, las palabras de César, que se agrupan en un proceso global, da lugar a las formas esquemáticas de la lucha o la polémica.

## 5. El análisis

Podemos ahora pasar al análisis de un fragmento de la obra de fray Bernardino de Sahagún, la *Historia general de las cosas de Nueva España* (Libro XII, Cap. II).

Como primer paso es necesario dividir el texto en secuencias:

### Contexto

La primera vez que parecieron navíos en la costa desta Nueva España, los capitanes de Motecuzoma [...] luego fueron a ver qué era aquello que venía, que nunca habían visto navíos [...].

#### Sc1

*Entraron* en unas canoas y *fueron* a los navíos. *Dixeron* entre sí: “Estamos aquí en guarda desta costa [...]”

#### Sc2

*Entraron* luego en las canoas y *comenzaron a remar* hacia los navíos.

#### Sc3

Y como *llegaron* junto a los navíos y *vieron* a los españoles, *besaron* todas las pruas de las canoas en señal de adoración. *Pensaron* que era el dios Quetzalcóatl que volvía [...].

#### Sc4

Luego los españoles los *hablaron*. *Dixeron*: “¿Quién sois vosotros? ¿Dónde venís? ¿De donde sois?” *Respondiéronlos* los que iban en las canoas: “Hemos venido de México.” *Dixéronles* los españoles: “Si es verdad que sois mexicanos, decidnos ¿cómo se llama el señor de México?” Ellos les *respondieron*: “Señores nuestros, llámase Motecuzoma el señor de México.”

#### Sc5

Y luego les *presentaron* todo lo que llevaban. [...] y los españoles *dieron* a los indios cuentas de vidrio, unas verdes y otras amarillas.

#### Sc6

Y los indios, como las *vieron*, *maravilláronse* mucho, y *hubiéronlas en mucho*.

#### Sc7

Y *despidiéronse* de los indios, *diciendo*: “Ya nos volvemos a Castilla, y presto volveremos, y iremos a México.”

Una vez efectuado el reconocimiento de las secuencias mediante el procedimiento de segmentación, extraemos los principales procesos y acciones. En el presente caso se han analizado los procesos y acciones del enunciado y se han dejado de lado





- 3) Vemos, también, que el texto se distribuye en una simetría inversa: desplazamiento-derrota-intercambio/intercambio-derrota-desplazamiento. Si en esta última distribución de las secuencias ignoramos los desplazamientos, entonces la primera derrota cognitiva aparece como el *antecedente* del primer intercambio, mientras que la segunda derrota será la *consecuencia* del segundo intercambio. Esta inversión tendría que ser explicada.



La elección de una distribución de las secuencias está en función de la naturaleza de los marcadores de frontera: son ellos los que determinan el tipo de cierre, es decir, la fuerza relativa con que contribuyen a delimitar la frontera de cada secuencia. Una distinción elemental de los cierres en función de su fuerza nos permite separar cierres fuertes de cierres débiles. La fuerza o la debilidad son relativas y dependen de consideraciones tales como la localización de los procesos narrados en las secuencias dentro de una misma unidad espacial o temporal, la permanencia de un mismo objeto, la integración de los procesos narrados dentro de una misma unidad semántica, etcétera.

Es posible notar que los cierres débiles se encuentran indicados por logros puntuales:  *fueron, llegaron, vieron*. Por su parte, los cierres fuertes se establecen cuando se instaura un nuevo estado cognitivo en los indios:  *pensaron, hubieron en mucho,*

*se maravillaron*. Y existen cierres de valor local que indican el fin de las ejecuciones:  *hablaron, respondieron, dijeron*. Esto nos habla de un alcance local de los logros y de un alcance global de los estados (y eventualmente de las actividades): de modo que los logros (y en menor medida las ejecuciones) parecen ser determinantes para introducir o finalizar un suceso local y los estados, para introducir procesos globales. Por otra parte, la fuerza de los cierres también se aprecia en la integración de los sucesos constitutivos de las secuencias: existe una  *fuerte integración cuando las acciones narradas son fases de un mismo proceso global: entraron, fueron, llegaron* (fases de un desplazamiento); y una integración más débil cuando son acciones que poseen un cierto grado de autonomía:  *vieron, pensaron, besaron* (una acción perceptual, una cognitiva y una pasional).

De este modo podemos ver que las dos primeras secuencias —el desplazamiento de ida y la primera derrota cognitiva— se encuentran débilmente demarcados entre ellos en la medida en que ambos relatan las acciones tanto pragmáticas como cognitivas de un mismo sujeto; en cambio se distinguen fuertemente de las dos secuencias de intercambio, en la medida en que estas últimas se producen en un espacio distinto —el espacio de llegada— e involucran a un nuevo actor —los españoles. Por su parte, la segunda derrota cognitiva presenta una cierta dificultad para ser identificada como una secuencia fuerte o débilmente demarcada con respecto al segundo intercambio: por un lado hay un objeto que permanece —los regalos—; por el otro, se produce un cambio de actor, puesto que la derrota es obra únicamente de los indios, ya sin intervención de los españoles. Esta segunda derrota cognitiva es similar a la primera, en la medida en que es obra de los propios indios y es la fase terminativa de un proceso de interpretación: de la identidad de los españoles en un caso, del valor de los obsequios en el otro. Sin embargo sus respectivas posiciones desmienten la aparente simetría: la segunda derrota es la consecuencia del segundo intercambio, mientras que la primera no es la consecuencia del desplazamiento.

Esta observación nos sugiere que ambas derrotas se insertan en un proceso global referente a la competencia cognitivo-pasional de los indios: a su credulidad o ingenuidad. Análisis de otros fragmentos de la *Historia* permitirían confirmar esta hipótesis.

Como último señalamiento: es notorio que esta intervención de los indios se encuentra enmarcada dentro de las acciones de los españoles: el desplazamiento de retorno no es obra de los indios, quienes regresarían a la costa, sino de los españoles. Una vez que hemos reconocido la naturaleza de los cierres, es posible plantear este problema a partir de la distribución de las secuencias en procesos.

Ya se vio que las primeras tres secuencias no plantean mayor problema, en la medida en que se distinguen claramente entre las secuencias que se efectúan en las canoas y el intercambio que se realiza una vez llegados al navío.<sup>3</sup> Son las tres últimas secuencias las que plantean la dificultad, en la medida en que, como hemos señalado, su aparente paralelismo con las tres primeras secuencias induce a pensar que existiría una segmentación fuerte entre el segundo intercambio y la segunda derrota —análoga a la de la primera derrota con respecto al primer intercambio—, segmentación que la unidad de espacio y de actor desmienten. Ahora bien, si, como dice el dicho, “hacemos virtud de vicio”, entonces podemos constatar que las tres últimas secuencias introducen un factor de heterogeneidad en el relato: el hecho de que son los españoles quienes se despiden y deciden retornar a su lugar de origen indica la existencia de una transformación narrativa que es preciso elucidar en el contexto general del capítulo. En efecto, el capítulo da inicio con la llegada de los españoles, pero sin que sean presentados propiamente como actores: *La primera vez que parecieron navíos en la costa*

<sup>3</sup> Con el afán de ser precisos es de notar que el texto no menciona que los indios hayan subido al barco, simplemente indica que, llegados junto al barco, comenzó el intercambio de palabras: esta precisión no afecta el análisis en la medida en que el contraste pertinente es el que se establece entre el espacio del trayecto y el espacio de llegada.

*desta Nueva España...* A su vez, el retorno de los indios es indicado en el inicio de la siguiente secuencia, cuando se relata el informe que dan a Motecuzoma de su entrevista con los españoles. Sin embargo, más allá de que las secuencias aquí analizadas se insertan en el contexto general del capítulo y de la obra, subsiste el hecho de que, en el marco de estas secuencias, son los indios los que van y los españoles los que regresan: lo que indica un cambio de focalización en las acciones, que pasa de los indios a los españoles. Este cambio de focalización representa una ruptura del sistema de expectativas.

En efecto, a lo largo del fragmento vemos cómo la iniciativa de las acciones pasa de los indios a los españoles: los primeros observan la llegada de los segundos, pero son los españoles quienes interrogan a los indios y quienes anuncian su retorno a Castilla. De este modo podemos considerar que la primera derrota es crucial, en la medida en que no tiene como antecedente necesario al desplazamiento y, en cambio, sí es imprescindible para definir los papeles durante el intercambio verbal (el cual es un verdadero interrogatorio en el que los españoles preguntan y los indios responden) y el estado de maravilla que caracteriza a los indios cuando reciben los presentes. Esa primera derrota insta un estado cognitivo y pasional de sumisión, cuya permanencia —señalada como un suceso abierto, sin fronteras— afectará las relaciones entre los dos actores.

## 7. Perspectivas del análisis

En resumen, la descripción de los sucesos a partir de sus rasgos aspectuales permite segmentar de manera más detallada los relatos. Al reconocer cierres débiles y fuertes es posible abordar la integración de los distintos sucesos en unidades semánticas más amplias (agrupaciones que podríamos llamar “moleculares” de acciones y procesos). Dichas agrupaciones permiten, a su vez, identificar formas esquemáticas de secuencialidad narrativa y destacar aquellas que tendrán consecuencias posterior-

res en el relato. Así se obtiene un sistema de expectativas que rige la secuencialidad del relato. Tales expectativas se generan al integrar un suceso específico en procesos globales: en el caso del relato analizado la credulidad o ingenuidad de los indios pasa a formar parte de su competencia cognitiva que permanecerá como un segundo plano a lo largo de las vicisitudes de su historia.

Muchos fenómenos semánticos ligados a la aspectualidad quedan por resolver. Así, por ejemplo, una descripción sistemática permitiría determinar las reglas discursivas que rigen la acumulación de rasgos aspectuales en un mismo suceso, sus combinaciones, sus interacciones y las transformaciones a que dan lugar. Por otra parte, queda por determinar los mecanismos que permiten la identificación de formas esquemáticas de los procesos globales de carácter sintagmático, a partir de sucesos parciales (en el relato, la identificación de las derrotas cognitivas a partir de los sucesos constitutivos). Sin embargo, es de esperar que análisis futuros permitan ahondar en estas cuestiones.

## Bibliografía

- DANTO, A.C. (1965). *Analytical philosophy of history*, Cambridge: Cambridge University Press.
- FLORES, R. (1991). "Segmentación y clausura del discurso", *Morphé*, 5, Puebla: Universidad Autónoma de Puebla.
- (1999). "La aspectualidad, entre lingüística y semiótica", Lima: Universidad de Lima-Fondo de Cultura Económica.
- GREIMAS, A.J. y J. FONTANILLE (1994). *Semiótica de las pasiones*, México: Siglo XXI.
- (1991). *Le discours aspectualisé*, Limoges-Amsterdam-Filadelfia: Pulim-Benjamins.
- KENNY, A. (1963). "States, performances, activities", *Action, emotion and will*, Londres, Routledge and Kegan Paul, Nueva York: Humanities Press.

- LANGACKER, R. (1987). *Foundations of cognitive grammar*, vol. 1, Stanford: Stanford University Press.
- MOURELATOS, A. (1981). "Events, processes, and states", en P.J. TEDeschi y A. ZAENEN. *Syntax and semantics*, vol. 14, *Tense and aspect*, Nueva York: Academic Press.
- RICOEUR, P. (1980). "Pour une théorie du discours narratif". En *La narrativité*. París: CNRS.
- (1983, 1984 y 1985). *Temps et Récit*, 3 tomos, París: Editions du Seuil.
- VENDLER, Z. (1967). *Linguistics in philosophy*, Ithaca: Cornell University Press.
- ZILBERBERG, C. (1999). *Semiótica tensiva y formas de vida*, Puebla: Universidad Autónoma de Puebla.